

# Palabreo ennegrecido para mí, para todas<sup>1</sup>

Lauren R. Ortiz Rodríguez.

Investigadora social, colectividad afro, lauren.ortiz@udea.edu.co

Las palabras, ya sea en su forma escritural u oral, nos habitan y nosotras a ellas. Las creamos y a través de ellas, verbalizamos nuestro *sentipensar* como mujeres negras jóvenes. El palabreo acerca de nosotras mismas, desde diversas orillas y estéticas, ha sido el camino que hemos elegido y nos ha sido heredado para andarlo y conocernos en la medida que lo transitamos. Toda vez que hemos abierto la boca y soltado la mano para expresar nuestra experiencia, nos estamos haciendo (siendo) de un lugar y nos paramos frente a otros desde nuestra voz y acento. Por ello, nos hallamos en el concepto *escrivivencias* elaborado por la escritora afrobrasileña Conceição Evaristo, pues también consideramos que nuestras escrituras y vivencias están estrechamente vinculadas como si estuvieran tejidas por los hilos de Ananse.

Este palabreo es, en gran medida, la memoria recorriendo nuestras genealogías femeninas. Así como lo entendemos en el poema de Conceição Evaristo<sup>2</sup>, que todo aquello silenciado, las voces mudas de las madres de nuestras madres serán libres en las voces de esta generación. A su vez, este palabreo de las mujeres jóvenes hace parte del devenir de las narrativas marcadas por la ampliación y reelaboración de las narrativas negras. Es decir, contar nuestras propias historias porque la mirada de la blanquitud sobre

las personas negras es un peligro puesto que desconoce las diferencias y diversidades entre la diáspora africana como lo señala Ngozi<sup>3</sup>.

Sin embargo, varias de nosotras comprendimos que palabrear ha sido un legado tiempo después de empezar a escribir como un ejercicio personal. En las potencialidades de saberse mujer negra, nos hemos enunciado como narradoras y escritoras como práctica articuladora de nuestra existencia. Así también, las emociones y reflexiones que sostienen nuestro palabreo para referirnos a las ciudades y lugares que habitamos configuran otra perspectiva de cómo leer lo urbano.

En este sentido, palabrear surge de la necesidad de gestionar nuestras emociones, de cuidarnos y sanarnos. López<sup>4</sup> explica que escribirnos es cuidarnos en tanto elaboramos una pragmática para sí: instaurando herramientas para relacionarnos activa y creativamente con nosotras mismas. En otras palabras, la escritura es un método para crearnos y entablar diálogos con nosotras, lo cual constituye un paso importante para entendernos y abrazar lo que logramos (y no) desenmarañar sobre lo que somos. Como mujeres negras coequiperas de este proyecto, aunque hayamos iniciado el palabreo únicamente para nosotras, a veces sin un estímulo directo

externo, muchas de esas palabras surgen de las emociones provocadas por las experiencias de encarnar la negritud y la soledad (o exclusión), a la que nos vemos sometidas a lo largo de la vida. Antes de cuidarnos, escribir nos permitió encauzar nuestras rabias, aprendizajes y dolores en el papel para aprehenderlos. Un palabreo en el margen para otros, pero un lugar para nosotras.

Ese conocimiento profundo sobre nosotras mismas que deseamos construir a través de la escritura y que podría convertirse en una práctica para el cuidado, es un camino que ha sido negado y aun así, allanado por mujeres negras. Por esto Lorde<sup>5</sup>, decía que la poesía o cualquier otra expresión literaria no es un lujo. Ese impulso por escribirnos, que parece solo individual (y también lo es, puesto que varias de nosotras no teníamos referentes de mujeres narrándose a sí mismas), está ligado a una necesidad histórica. Así pues, la escritura no solamente es practicada por quienes tienen las condiciones materiales para *una habitación propia* y dedicarse a la escritura, como reflexionaba Virginia Woolf en su famoso ensayo, sino que las mujeres negras lo vienen haciendo desde hace siglos, con preocupaciones por lo material y siendo deshumanizadas, pero con la necesidad vital de conocerse, darles forma a sus ideas y llevarlas a la acción, nos advierte Lorde.

Ahora bien, nosotras hemos tenido ciertas ventajas para destinar tiempo a solas con la escritura, contando con las necesidades básicas satisfechas, gracias a esfuerzos familiares, pero, aun así, tenemos encima a la estructura racista que pretende definir quiénes somos e imposibilitando la vida en plenitud. Nosotras hemos abierto una grieta donde florecen las emociones. De ahí, la necesidad de escribirnos para conocernos y cuidarnos.

En segundo momento, enunciarnos como narradoras, escritoras y poetisas es reafirmarnos en nuestra agencia para crear. No solo reproducimos narrativas, sino que creamos y comunicamos otras maneras de entendernos. En el comunicar de nuestra escritura no solo nos cuidamos a nosotras,

sino que también cuidamos a otros. Entonces coincido con Rodolfo López al decir que escribir para cuidarse implica la recuperación de la voz propia como mujer negra y de las voces comunitarias que se crean a diario. No solo articulamos nuestra existencia individual, sino que al poner nuestros *sentipensares* en la esfera comunitaria y pública, otros pueden reconocerse (nos) en nuestras palabras ya que, al compartir una experiencia histórica y social, hay muchos puntos de cruce en nuestro palabrear con el de otras mujeres, personas negras y marginadas. De esta forma, la escritura es un ejercicio de lo político como bien lo dice Blair<sup>6</sup> “la dimensión de lo político tiene su mayor expresión en la puesta en público de esas diferentes narraciones y sus contenidos”.

Por la razón anterior, muchas de nosotras hemos coproducido espacios de lectura, creación y difusión de nuestras narraciones como colectivos dedicados a las narrativas negras como Munegras y Kribí; espacios espontáneos y consolidados como micrófonos abiertos, medios radiales alternativos, entre otros. Porque ya no bastaba con escribir para nosotras, sino que nos asistía el interés de conocer otras escrituras de mujeres negras y que nos oyeran/leyeran otras personas negras dentro de un espacio seguro para exteriorizar el dolor, la fuerza, la rabia, el amor, las esperanzas que contienen nuestras palabras.

En ese sentido, nuestro palabreo es trasgresor en tanto lo estético y lo político se potencian entre sí. El carácter estético de nuestras *escrivivencias* refleja una postura creativa y política. Lozano<sup>7</sup> explica cómo la poesía cimarrona no se acoge a los cánones establecidos, sino que tiene los ritmos del pacífico (Caribe). De igual forma, la escritora afropuertorriqueña Mayra Santos<sup>8</sup> coincide en que las narrativas negras tienen la particularidad de estructurarse cómo sobrevienen nuestros recuerdos, con una temporalidad distinta.

Para Lozano, la poesía cimarrona o las insurgencias en nuestros escritos ocurre cuando le damos lugar a nuestra poesía hablando de los territorios negros para

<sup>5</sup> Audre Lorde, *La hermana, la extranjera* (Madrid: Editorial Horas y Horas, 2003).

<sup>6</sup> Elsa Blair, “Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des) centrar el poder del Estado”, *Revista Universitaria Humanística* 72, (2011).

<sup>7</sup> Betty Lozano, “Tejiendo con retazos de memorias insurgencias epistémicas de mujeres negras/ afrocolombianas. Aportes a un feminismo negro” Tesis doctoral. Universidad Andina Simón Bolívar, 2016.

<sup>8</sup> Comunicación personal con la escritora, 2020.

<sup>1</sup> Este texto hace parte de la investigación en curso *Escrivivencias de mujeres negras jóvenes: las experiencias de ser mujeres negras en Barranquilla, Cali y Bogotá* en el marco de la maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia.

<sup>2</sup> Conceição Evaristo, “Vozes-Mulheres” (s.f.). Recuperado en <http://www.letras.ufmg.br/literafro/autoras/24-textos-das-autoras/923-conceicao-evaristo-vozes-mulheres>

<sup>3</sup> Chimamanda Ngozi Adichie, *El peligro de la historia única* (Barcelona: Penguin Random House, 2018).

<sup>4</sup> Rodolfo López, “Escribir para cuidar de sí y del otro: pensarse, crearse y regirse desde la escritura”, *Revista Actualidades pedagógicas* Volumen 1, n.º 65 (2015).

exaltarlos como los lugares de su inspiración, pero también para dolerse con su destrucción; la denuncia del empobrecimiento histórico del pueblo negro expresada en las últimas décadas en desterritorialización y violencia; la memoria ancestral como recreación de la herencia africana en América; el erotismo como poder femenino que reta la ideología colonial patriarcal. A la definición de Lozano, le añadiría que nuestras palabras también están cargadas de miradas hacia el futuro y relaciones con el mundo, contradicciones y resistencias en espacios que habitamos desde nuestras experiencias como mujeres jóvenes, desde lo urbano, afectivo, etcétera.

<sup>9</sup> Dionne Brand, "Writing Against Tyranny and Toward Liberation", 20 de agosto de 2017, conferencia, <https://www.youtube.com/watch?v=ychlzoeIm0>

<sup>10</sup> Eloisa Berman, Geografías negras del arroz en el Caribe Colombiano: tongueo y cuerpo territorio 'en las grietas' de la modernización agrícola (2021).

De esta forma, nuestras palabras ejercen lo político, entre otras cosas, denunciando el asesinato sistemático tanto simbólico, como cultural y físico de las comunidades y personas negras donde sea que estén asentadas; de manera que a la par que compartimos nuestras narraciones, se encuentra implícito y explícito lo que deseamos denunciar y crear con ellas. La poeta y novelista Brand<sup>9</sup> se refiere a la poesía como una obra de liberación, que refleja, da sentido y deshace los tiempos que vivimos; que se opone y sobrescribe a las narrativas que no permiten ser a la diáspora. Ella siempre ha estado al tanto de la política con el fin de recuperar lo que está debajo de las narrativas hegemónicas. Con Brand, concuerdo en que nuestras escrituras son liberadoras en la medida en que puedo ser en ellas y disputo lo que me/nos ha sido arrebatado por el poder hegemónico.

Palabrearnos y leernos es abrir una grieta, en palabras de Berman<sup>10</sup>, porque como la autora lo explica: puede que nuestras narrativas no desestabilicen las geografías racistas y desiguales que han ordenado el país y las ciudades, pero son nuestra fuga de la estructura hegemónica y la oportunidad de llamar la atención y denunciar el racismo, el clasismo, el sexismo. Es decir, la potencia de romper el silencio, poner nuestras experiencias y emociones en el centro, incomodar una sociedad que nos ningunea, y cimarronearnos a partir de todas las palabras que nos sobrevengan. 🗨️

